

Bandidos y salteadores

Los bandidos del Pirineo y los romeros de Compostela. El bandolerismo en la Bardena. De Sanchico Rota a "Moneos". Los cuatreros tragantúas de Arbizu y Murguindueta. Garçi Semenic, bandidazo feroz. El miedo de Robinsón Crusó. La baronesa salteadora. Carmen la cigarrera y el bandido José. Los "guardianos" de Lanz. El cura de Elso, Chichos y Miel=Otxín. Romance de Benito Zubiri.

Por José M.^a IRIBARREN.

En Europa consideran a Italia y a nuestro país como las tierras clásicas del bandolerismo. Sin embargo, el bandido es **un** producto universal, de todos los países y de todas las épocas. El Robin-Hood inglés, el Rosa Chandor húngaro y el Dubrowski ruso gozan de igual celebridad literaria que Fra Diávolo y el Pernaes.

En España ocurre lo propio. Cuando aquí se habla de bandoleros la gente piensa al punto en Andalucía y revive la estampa romántica del salteador jácaro y guapetón —calañés y patillas, manta y trabuco naranjero— que asalta diligencias y cortijos en los desfiladeros de Sierra Morena o en los breñales ásperos de la serranía de Ronda.

El bandido es adscrito a una época y a un paisaje, siendo así que junto a Diego Corrientes y el Vivillo cabría colocar a muchos célebres salteadores cuyas proezas y fechorías han tenido por escenario las tierras polvorientas de Aragón y la Mancha, las montañas de Extremadura y los bosques del Pirineo navarro.

En nuestro viejo Reino, aunque parezca extraño, han abundado mucho los bandidos. Ya a finales del siglo noveno, San León, primer obispo de Bayona, enviado para evangelizar Navarra, "se encontró con **bandidos vascones** cuyo idioma no comprendía y después de haber penetrado **en** sus **bosques**, volvió a su diócesis donde sufrió el martirio".

A los principios del siglo doce, los peregrinos de Compostela temblaban ante la idea de toparse con los bandidos de Navarra; y consta en las historias que, en el año 1120, el obispo de Oporto tuvo que atravesar nuestro Reino con disfraz de mendigo, para librarse así de aquellos "asesinos crueles y desvergonzados, siempre dispuestos a maltratar a los pasajeros y cuya lengua nadie conocía" (1).

Años más adelante, las cosas cambian. Nuestros reyes tomaron con empeño el proteger las peregrinaciones: establecieron pueblos, fundaron monasterios, levantaron castillos en los parajes más propicios al bandidaje y reprimieron éste con dureza. La cristianización de las montañas contribuyó mucho a este cambio. El bandido de abarca y capusay, sanguinario e hirsuto, con el cuerno de flechas al costado y la azcona en la diestra, desapareció de las barrancas del Pirineo, ahuyentado por el son dulce de las campanas monacales.

Por eso, cuando, a mitades del mismo siglo XII, cruzó Navarra el romero francés y legado del Papa Aymeric Picaud, los temidos salteadores no le inquietaron para nada. Sin embargo, se ve que su recuerdo seguía caliente, porque el autor, al pasar por el puerto de Ibañeta, consigna estas palabras:

"En este monte, antes de que la Cristiandad en los confines hispánicos aumentase plenamente, los impíos navarros y vascos, no solo solían robar a los peregrinos que iban a Santiago, sino que también, como a asnos, los cabalgaban y los mataban".

Aunque exagere en esto el fantasioso peregrino francés, no deben extrañarnos sus noticias, porque los tiempos a que alude eran de atroz barbarie.

La montaña, por la espesura de sus bosques y lo agreste de su paisaje, se prestaba a servir de guarida a los malhechores.

Sin embargo, a partir del siglo XIII vemos a muchos de éstos buscar como refugio la espesura de las Bardenas. "En tiempo de Sancho el Fuerte, — dice el Padre Moret— terminadas las guerras contra Castilla y Aragón, muchos soldados, hechos a la licen-

(1) J. VINSON en su libro "*Les basques et le pays basque*" (1882), dice que "en el tercer Concilio de Letrán de 1179, se lanzó excomunión formal contra vascos y navarros que ejercen tantas crueldades contra los cristianos, estropeando y devastando todo como si fuesen paganos, sin respetar ancianos, doncellas, viudas, ni niños; sin tener ninguna consideración ni con el sexo, ni con la edad".

cia de las presas y robos, se hicieron salteadores e infestaban la Bardena, por ser tierra quebrada y cubierta de bosque".

Tantos debían de ser y tan audaces, que en 1204 se instituyó, para perseguirlos, una Hermandad entre los pueblos comarcanos de Aragón y Navarra. Los cofrades se reunían anualmente en el término de La Estaca, donde el Rey hizo levantar una fortaleza. Según sus estatutos, cada cofrade podía ahorcar por sí al salteador que cogiere. Más tarde, celebraban estas juntas en la ermita de San Zoilo, a un cuarto de legua de Cáseda.

A mitades del siglo XV era tal la anarquía y el vandalismo que, por efecto de la guerra civil, dominaban en la Bardena, que la Hermandad navarro-aragonesa volvió a formarse. Se establecieron juicios sumarísimos. El acusado comparecía con la cadena al cuello y tenía que defenderse por sí mismo. Si callaba, se le tenía por confeso e inmediatamente se ejecutaba la sentencia de muerte "en cualquier lugar, de día o de noche, públicamente o en secreto".

Esta Hermandad logró vencer (hacia 1452) al héroe de las Bardenas, al más famoso de los **vanidos** que buscaron refugio en la fragosidad e inmensidad de aquellos montes, llenos entonces de arbolado. El héroe se llamaba Sanchico Rota (¿tudelano?), y era hombre valeroso, audaz y cruel que, aprovechándose de que las tropas, estaban ocupadas en la guerra de Agramonteses y Beaumonteses, tenía atemorizada a la comarca con sus saqueos, secuestros y rapiñas.

El Rey don Juan II hizo levantar un ejército en Aragón y Navarra para apresarle. Doscientos caballeros bien armados se avistaron con los treinta que componían la partida. El choque fué muy duro y sangriento. Cuando Sanchico, después de soportar tres ataques, se vió solo y perdido, clavóse su puñal en el pecho y cayó del caballo envuelto en sangre. Su cadáver fué llevado a Tudela y colgado en la horca, donde estuvo hasta que lo mondaron los buitres. En el paraje donde Sancho puso fin a sus días (un cerro cónico que se levanta en la planicie de la Blanca) alzaron una cruz de piedra que todavía existe.

Como de los bandidos legendarios, decían de él que era cruel y generoso: compasivo con quien se le entregaba y sanguinario con los que resistían su poder.

Navarro Villoslada, en su novela "Doña Blanca de Navarra", pone a Sanchico Rota al servicio de Pierres de Peralta en el rapto de la princesa, y en su prisión en el castillo bardenero de Peñaflo.

Durante el siglo XVII, la Bardena volvió a sonar como guarida de bandidos y malhechores. En el siguiente siglo alude a ellos Antonio Ponz en su libro de viaje, al decir: "la Bardena, en donde se refiere que han sucedido trabajos a los caminantes". Y otro autor extranjero anota que en Tudela se veían muchos bandidos escapados de aquellos montes.

El bandido y el árbol siempre han estado en relación directa; por eso, a medida que en las Bardenas fué talándose el bosque, desaparecieron los salteadores, y quedaron los encartados. Hasta hace poco, la frase "echarse o irse a las Bardenas" equivalía a huir de la Justicia.

El último salteador bardenero, el que cerró la casta de los Sanchico Rotas, fué un tudelano, apodado "Moneos". En las Memorias del tafallés Angel Morrás, refiriéndose al Marqués de Valcarlos, prócer cubano que casó con una princesa y que fué diputado a Cortes, leí esto:

"Al pasar dicho señor por Tafalla cuando consiguió el distrito, el Ayuntamiento le obsequió con una comida regalándole además una tortada para que la llevara a Madrid.

Cuando pasaba la diligencia por las Bardenas Reales fué asaltada por una cuadrilla de bandoleros, que saqueó a los viajeros llevándose la tortada y unas merluzas.

El capitán de la cuadrilla, un tal Alvarez, conocido en todas partes por Moneos, tomó la tortada y, quitándole el adorno que tenía en la cúspide, se la alargó al marqués, diciéndole:

—Tome V, para su señora y dígale que se lo regala Moneos. Luego fueron capturados los ladrones, siendo las merluzas el indicio para rastrearlos, por su olor. Moneos fué el último bandido galante del siglo XIX".

Dicho esto de los bandidos de la Ribera, volveremos a los de la Montaña que, como ya hemos visto, dejaron de inquietar a los romeros.

Ahora (hablamos de los siglos XIII y XIV) se metían con los rebaños de los aldeanos. Campión habla de los bandidos montañeses en una de sus "Euskarianas", donde recoge interesantes datos extraídos de los procesos de aquella época.

Se vé, a través de éstos, que Arbizu y Murguindueta eran

dos focos de bandolerismo. Otro refugio, menos importante, aparecía en Val de Goñi.

Aquellos bandidazos eran gente salvaje y desalmada que llevaban a sangre y fuego los lugares donde caían. Más que robar, razziaban.

En 1261 se celebró una Junta en Eznatea. Una de las denuncias recibidas era la siguiente:

"Que Garçia Semeniz y cuatro bandidos más robaron en Guia cuatro bestias, a otro una mula y cuatro vacas; y a otro le mataron 40 vacas ahorcando al pastor, y quemaron unos molinos y dos casas, y apresaron a un siervo y mataron a un hombre y robaron ocho vacas y ocho becerros y le dieron una lanzada al yerno, y quemaron el palacio de Guaret, y a otro le quemaron la casa y la bodega, y a otro lo mismo".

Como puede observarse, estos facinerosos eran más dañinos y asoladores que el rayo y el terremoto juntos. Y este Garçia Semeniz, quizás sea el bandido de más agallas que ha existido en España.

El territorio donde operaba era muy extenso; le vemos haciendo estragos hasta en Mauleón de Francia. Sin embargo, parece desprenderse de los datos que hoy se poseen, que la comarca víctima de sus crímenes era muy pobre: la riqueza estribaba en las muías, vacas, bueyes y cerdos.

Un detalle curioso es que estas gentes no robaban ganados por comerciar luego con ellos, sino que los robaban para matar su hambre; esto es, con la eximente de necesidad.

Lo malo era que el apetito de estos cuatreros rayaba en lo increíble y fabuloso.

Más que bandidos, eran tragantúas. He aquí varios casos:

"Garçi Semeniz y sus tíos mataron seis becerros del busto de Diego Lopeig, y llevaron 26 puercos al Castillo de Ataun y **los comieron allí**. En otra ocasión, robaron y se comieron 12 puercos y una vaca.

Domingo Martineic, de Urriar, robó a Rui Martineic Muscot dos vacas preñadas y (sin respeto a su estado interesante) se **las comió** en Urriar.

Sangolet y dos más robaron doce puercos de Semeno Migue-litz de Gorsauil y también una vaca de Johan Lopeig de Oria"... con el mismo final.

Por comer, engullían hasta las carnes más tenaces, más indigestas :

"Péro Ortiz de Xaraxua (en la Borunda) y su hermano robaron ocho cabras que pastaban en Saluztar y las llevaron a Saratsua, **donde las comieron**".

Cuando aquellos lobos voraces habían ensartado en el asador de la cocina rebaños enteros, volvían a echarse al monte. Tras las vigiliass del acecho, las largas abstinencias y los sinsabores de la huida, se encajaban de tiempo en tiempo banquetazos homéricos, donde la riqueza pecuaria del país vasco iba cayendo en sus estómagos de buitre como el pozo Airón. Con la agravante de que, muchas veces, —como observa Campión—, se veían forzados a deglutir de prisa, porque el Merino y sus soldados les andaban a los alcances.

A lo largo del siglo XIV, los valles del noroeste de Navarra sufrieron mucho con las frecuentes incursiones de bandidos guipuzcoanos. Los Merinos les daban batidas en toda regla, y cuando algún facineroso caía en sus manos lo ajusticiaban en Pamplona y exponían su cabeza cortada en lo alto de la torre de la Galea.

De los procesos de este siglo parece deducirse que había muchos malhechores que, disfrazados de personas decentes, ministraban brebajes y bebedizos a los romeros de Compostela y, cuando los tenían bien dormidos, les descosían la manga y les robaban, alevosamente, sus florines de oro.

Lo mismo hacían en la sierra del Aralar con los peregrinos de San Miguel del Excelsis; y fueron tantos los asaltos, y pusieron tanto temor en las aldeas próximas, que el rey Carlos II, en 1382, ordenó a su Merino de las montañas "que los persiguiese con todo rigor apresándolos donde quiera que los encontrase **fuera de lugar sagrado** y entregándolos a su justicia".

A fin de reprimir el bandolerismo se establecieron penas, mortales todas y de una escalofriante variedad. Al ladrón confeso se le ahorcaba, enforcaba, sofocaba, ahogaba, y antes se le desorejaba y se le tajaban los dedos. Otras veces los azotaban, para luego quemarlos y, en ocasiones, eran despeñados desde lo alto de la Torre de la Galea.

Ya desde antaño, nuestras leyes tradicionales disponían que los salteadores de caminos fuesen condenados a muerte por el primer robo según la gravedad y circunstancias del delito, y hasta

por la tentativa de robo, si iban armados y aparecía evidente el propósito de robar (2).

Siglos más tarde, nuestros salteadores montañeses vuelven a aparecer en una de las obras de más universal renombre: en las Aventuras de Robinsón Crusoe. Sabido es que, según la inmortal novela, Robinsón, de regreso de su isla y acompañado por el negro Domingo, pasó veinte días en Pamplona. Ocurría esto en octubre del año 1687, cuyo invierno fué el más crudo de los conocidos hasta entonces en Europa. Todos los montes estaban cubiertos de nieve desde hacía muchos días, y cuando Robinsón contrató un guía para que les pasase a Francia, éste les dijo que no temiesen a la nieve; pero en cambio les preguntó si iban bien armados para defenderse a los enormes, lobos, rabiosos de hambre, que, a buen seguro, habrían de encontrarse en el Pirineo.

"Le contestamos —habla Robinsón— que íbamos bien dispuestos y preparados para recibir aquella clase de enemigos, pero que era preciso que él nos librase **de otra especie de lobos que iban en dos pies**, que aseguraban que eran mucho más temibles, sobre todo en las cimas de las montañas que miran hacia Francia".

Se advierte aquí que Robinsón —hombre valiente y arriesgado— había oído ponderar la audacia de nuestros bandoleros pirenaicos y, les había cogido miedo; mucho más miedo que a los lobos rabiosos.

En una revista de mitades del siglo pasado, (no sé si "El Semanario Pintoresco" u otra del mismo género), vuelve a servir de tema literario el bandido navarro, que, en este caso, es la bandida y ¡qué bandida! No he podido leer el artículo, pero, según quien lo leyó, se trata de una leyenda cuyo protagonista es una baronesa que, sea por la fuerza de la sangre o por espíritu de aventura, o simplemente por afán de lucro, se echó a facinerosa y operaba por las montañas de Roncesvalles y Valcarlos desvalijando caminantes y dando sustos en los pueblos. Me figuro que, como a todas las heroínas legendarias, el autor le adjudicará una belleza atrayente y siniestra, y la describirá a caballo, galopando por riscos y montes, suelta al aire la cabellera negra y ondulante.

(2) La Novísima Recopilación dispone que una vez que el Tribunal verifica la declaración de **bandido** contra algún reo de delito **atroz**, a **cualquiera le será** lícito matarlo como **enemigo de la Patria**. (Libro 2.^o tit. 19, ley 21).

El bandido navarro, mejor dicho, el navarro bandido, vuelve a ocupar lugar de honor en otra obra de fama mundial: en "Carmen", la preciosa novela que inspiró la ópera de Bizet.

Carmen, la hechicera gitana que muchos creen andaluza, era navarra, nacida en Echalar y llevada a Sevilla por una tribu de gitanos.

Y José, el bandido que por su amor pierde la vida, es de Elizondo, se llama de apellido Lizarrabengoa, usa el **don** porque se siente hidalgo como todos los baztanese y, según Merimée, antes de ser bandido, estudió para cura en Pamplona, fué pelotari de los buenos, y la afición al juego le perdió. A raíz de haber ganado un partido, un mozo de Alava le provocó; tiraron ambos de maquilla y el baztanés le dió tal garrotazo a su rival que abandonó Navarra por temor a la cárcel; sentó plaza en Caballería y fué a caer a la ciudad de la Giralda. Un día, haciendo guardia en la fábrica de Tabacos, conoció a Carmen la cigarrera... ¡Más le hubiera valido no conocerla!

A principios del siglo pasado, el áspero y frondoso puerto de Velate fué escenario de una de las historias de bandidos más extrañas y escandalosas donde, como en las aleluyas de "El Mundo al revés", se dió el caso de los **guardias bandidos**.

Julio Nombela alude a ella cuando, en su libro "Crónica de Navarra" (1868), describiendo su paso por Velate, nos dice así:

"La bruma no tardó en envolvernos; parecía que íbamos en el seno de una nube recorriendo el espacio, y para completar la emoción oía en aquellos momentos la historia de los Guardianos de Lanz, los únicos (?) bandidos que han manchado con sangre indefensa este honrado país.

En los primeros años de este siglo, del 9 al 17, acompañaban a los viajeros al atravesar el puerto, se enteraban del estado de su bolsa, y abandonándoles después de despedirse de ellos con la mayor cortesía, y asegurándoles que ya no habría peligro, desfigurando el rostro y tomando los atajos y veredas que conocían, sorprendían a los que habían acompañado, los robaban y muchas veces los asesinaban arrojándolos a una sima cerca de Almandoz, cuya profundidad es inconmensurable".

Después de leer esto y como el caso me interesó, le escribí al párroco de Lanz pidiéndole detalles. Me contestó a Los pocos días,

y sus datos, unidos a otros que adquirí, me permitieron reconstruir la estampa, para muchos desconocida, de los bandidos de Lanz.

Los bandidos de Lanz fueron cuatro, capitaneados por el Guardiano, que era algo parecido al Sargento de la Guardia civil de aquellos tiempos; es decir el encargado de perseguir a los salteadores y guardar los caminos de la montaña.

Estos guardianos, después de acompañar a los viajeros, les salían al paso, enmascarados, y los desvalijaban. Durante el día se dedicaban al carboneo; al anochecer se vestían el uniforme, se echaban al hombro la carabina y se lanzaban a saltar.

En más de un ocasión, recibieron denuncia de sus propias rapiñas, y fingieron salir en persecución de los criminales.

Todo el que andaba con dinero encima desde Ulzarna al Baztán podía darse por robado. Una noche, un anciano de Lanz que regresaba de Pamplona, fué asaltado cerca de Echaide por los bandidos. Tras de quitarle cuanto llevaba, lo condujeron con los ojos vendados al interior del monte, y lo ataron a un árbol junto a tres infelices con los que habían hecho lo mismo anteriormente. Los bandidos huyeron; el viejo, horas después, logró soltarse las ligaduras, y cuando llegó a Lanz, sus agresores se encontraban aún en la taberna, donde habían cenado copiosamente a costa de él y de los otros.

Lo curioso del caso es que en Lanz se sabía que los bandidos no eran otros que los Guardianos; pero era tan atroz el terror que inspiraban, que todos, a pesar de su convencimiento, mantenían reserva.

Se explica este terror y esta mudez porque los criminales eran hombres feroces, sanguinarios y decididos. Del Guardiano se cuenta que tenía tan buena puntería que, con los fusiles de chispa de aquellos tiempos, atravesaba una moneda lanzada al aire.

Una noche, en lo más alto de Velate, asaltaron a una mujer embarazada. Ella debió de reconocerlos, o trató de gritar; el caso es que la apuñalaron y, malherida, la despeñaron por una mina de las canteras de Almandoz. Y como la infeliz siguiese dando ayes, arrojaron peñascos al fondo de la sima, hasta acallar sus gritos.

Pasado mucho tiempo, la gente comenzó a reaccionar. Un hombre de Anocíbar (el amo de la casa Salvatoreña) reunió gente armada y una noche consiguió sorprender, en pleno monte, a los bandoleros; pero cuando se disponía a detener al Guardiano, éste le dijo con toda calma:

—Si das un paso más, eres muerto.

El otro hizo ademán de adelantarse y una descarga lo tumbó para siempre.

Los bandidos cayeron al fin, delatados por uno de ellos, que por haber faltado a una batida, fué excluido en el reparto del botín y prometió vengarse. Según otros, el que los denunció fué un vecino de Lizaso. Lo cierto es que un día, cuando se hallaban jugando al mus tranquilamente en la posada de Lanz (hay quien dice que en Venta Quemada), les echaron el alto y se entregaron sin resistencia.

A cuatro de ellos los ahorcaron en Pamplona. Al quinto, por tratarse de un mozo de 18 años, le pusieron la soga al cuello y presencié la ejecución de los demás.

En el cuaderno de memorias de un seminarista de aquel tiempo, llamado José Miguel Gorráiz, hay una nota que dice así:

"El día 4 de diciembre de 1818 fueron ajusticiados en horca tres hermanos y un cuñado, todos cuatro del lugar de Lanz" (3).

Deben de ser los mismos. Yo traté de buscar el proceso en el archivo provincial y no pude lograrlo. Falta un legajo que coincide, por su fecha, con el que a mí me interesaba (4).

Los bandidos de Lanz murieron todos cristianamente y desde lo alto del patíbulo dirigieron la palabra a la multitud. Achacaron la culpa de sus crímenes a la falta de ilustración (!). Uno de ellos aconsejó a los aldeanos que no dejaran de tener perros en los caseríos; confesó que a ellos siempre les contuvo el ladrido del perro, y eso —añadió— que no éramos cobardes.

Hasta en la hora de la muerte alardearon de valor, y murieron con gran entereza. Cuando el cuarto de los bandidos fué colgado, se alzó de entre la muchedumbre que presenciaba la ejecución un rumor parecido al del aplauso. No eran aplausos, sino bofetadas: Jas que los padres propinaban en este instante a sus pequeños para que no olvidasen nunca lo que habían visto y les sirviese de lección eterna.

Descuartizaron los cadáveres y repartieron sus pedazos por los lugares de sus crímenes principales. La cabeza de uno de ellos

(3) "Premin de Iruña" publicó algunas notas de este cuaderno en un artículo sobre "Los serenos de Pamplona" publicado en "El Pensamiento Navarro". El manuscrito lo posee José M.^a Azcona.

(4) Sin embargo, entre los procesos del año 1818 (Secretario J. J. Francés; legajo 11) encontré uno contra el Alcalde de Lanz por no haber dado parte del robo de un copón y otros objetos de la iglesia parroquial. Sospecho que se trata de una derivación del proceso contra los Guardianos y de uno de los muchos robos cometidos por éstos y silenciados por el pueblo de Lanz.

estuvo expuesta en Anocíbar, en la fuente de Anguiliturri; la de otro en la fuente de Gambo (Lanz) y diferentes restos en el Puerto de Velate, en la mina de Ahnández y otros parajes transitados.

Al cabo de los años, el recuerdo de los bandidos adquirió un aire legendario y los ciegos entonaban por las aldeas las coplas de sus crímenes. Un párroco de Lanz escribió acerca de ellos un romance con moraleja (5).

La raza de los salteadores siguió dando quehacer a la justicia. Por los años de 1830 los vemos operar entre Ayegui e Igúzquiza, en la garganta de Osquía y en Velate.

De esta época, o posteriores a ella, son dos bandidos muy famosos de la montaña. Al uno lo llamaban el cura de Elso, porque en su juventud ahorcó los hábitos; y dicen que era el prototipo del salteador generoso, que robaba a los ricos y favorecía a los indigentes. Un loco de altruismo que trataba de resolver (a su manera y con trabuco) la dichosa cuestión social. En la cárcel vieja de Pamplona se señalaba una de las celdas con el nombre del falso cura que la ocupó.

Otro famoso bandolero del Baztán era Chichos o Txitxos, que en vascuence significa duende o fantasma. Le aplicaron el mote por su forma de actuar sigilosa, nocturna y súbita. Merodeaba por los bosques y montes en torno al Puerto de Velate. También era bandido noble. Jefe de una partida muy pequeña, jamás mató ni derramó sangre. Quizá obedeciese su nobleza a que era, como el de Elso, rebotado del Seminario. De él refieren, como hecho histórico, que, entrando un día en una venta, vió a la ventera gimiendo en un rincón, desconsolada:

—¿Qué te ocurre buena mujer? —le preguntó Chichos. La mujer le contó que el Juzgado había dictado ejecución contra sus bienes y que al día siguiente vendría el escribano a embargárselos si en el acto no pagaba su débito.

Chichos le preguntó:

—¿Cuánto dinero te reclaman?

—Tanto —le dijo la mujer.

Chichos echó mano a la bolsa, le dió el dinero, pero le advirtió:

(5) Debo estos datos a la amabilidad del párroco de Lanz, D. Erasmo Garro y a la del sacerdote pamplonés D. Antonio Irurita.

—Una vez que lo entregues, haz que te den carta de pago, ¿me oyes?

—Así lo haré —prometió ella.

Al día siguiente, cuando el escribano regresaba de la venta con los dineros de la mujer, Chichos le salió al paso, y le quitó lo que era suyo.

De esta forma logró saldar la deuda de la mesonera.

Por la montaña queda un recuerdo muy lejano y borroso de otro bandido, muy anterior a todos éstos; de uno al que llaman Miel-Otxin. En el pueblo de Lanz dan este nombre a un gigante de paja (especie de Saint-Panzard) que sacan a las calles en Carnavales y que, al final de una folklórica mojiganga, lo apedrean y le dan fuego. Dicen que Miel Otxin excedió a todos sus congéneres en crueldad y en sadismo.

Si alguna noche os toca atravesar el Puerto de Velate, entre el bosque y el precipicio, por caminos de nieve barridos por la boira, o con claror de luna que ahonda el abismo espeluznado de hayas, acordáos de Miel-Otxin y del Guardiano, del cura de Elso y de Chichos el duende, ejemplares siniestros de una ralea felizmente desaparecida gracias a los tricornios de hule y a los fusiles máuser de la Guardia civil.

La última vez en que el bandido de Navarra sirve de tema a la literatura europea, es en el "Romancero Vasco" de Michel y en el romance, novelesco y magnífico, de Benito Zubiri.

Benito Zubiri, famoso bandolero montañés, está en la cárcel de Pamplona, esperando la hora en que lo saquen para ahorcarlo. Los soldados que le custodian, se pasman de su cínica serenidad. Le dicen:

—Benito Zubiri. Hoy silbas, pero dentro de tres días torcerás la jeta.

El montañés, hombre ladino como un demonio, disimulado como una zorra, les contesta:

—No me importa morir. Estoy harto de ser bandido y pesoso de todo el mal que hice. No me importa morir. Lo único que siento es no tener familia a quien dejar mis bienes... ¡Es lástima que todo el oro que enterré durante mi vida vaya a quedarse sin heredero!...

Los guardianes alargan la oreja.

—¿Dónde tienes esos tesoros?

El les dice que en Ecija, en Segovia, en sitios muy distintos y distantes. Luego, al cabo de una hora de charla, que él ha querido prolongar adrede, les confiesa que un cofre lleno de napoleones de oro, lo tiene enterrado en Pamplona, junto a los fosos del Portal de Francia.

—¿En qué sitio? —preguntan los soldados.

—El sitio —les responde Zubiri —solo lo sabe una mujer amiga mía. Ella os lo enseñará. Siempre que a ella le deis su parte...

Pero los cinco mozos temen que les toque a muy poco si han de darle a la otra la mitad. Después de mucho meditarlo, mientras Zubiri silba fingiendo no escucharlos, uno de ellos decide:

—Llevemos a Benito Zubiri a que nos muestre el sitio.

Y, a media noche, entre fusiles, lo conducen con todo sigilo hasta los fosos del Portal.

Zubiri les ha marcado con un palo el espacio de tierra bajo el que yace el cofre.

Mientras cuatro de los soldados cavan y cavan afanosamente, el quinto, apellidado Sevilla, permanece junto a su prisionero, alejado de los demás. "¡Ojo con él! —le han advertido—. No te separes de su lado."

Llevarían media hora cavando, cuando el astuto de Benito Zubiri, alerta sus orejas y dice:

—¿Oyes, Sevilla? Esos ya han dado con el tesoro. Pero tú no te muevas; ellos son buenos chicos; ya te darán tu parte.

Sevilla pica en el anzuelo y corre como un loco hacia el foso.

El romance termina así:

"Y Benito Zubiri huye. ¡Cómo corre! ¡Hay que verlo correr! Y eso que va cargado con parte de las armas de sus guardianes".

BIBLIOGRAFÍA

1) Aymeric Picaud. "Guía del viaje a Santiago-Libro V del Códice Calixtino". Discurso del Marqués de la Vega Inclán. Real Academia de la Historia. Madrid 1927.

2) Moret "Anales del Reino de Navarra" Tomo 4.^o, pág. 141, números 10 y 11. Tolosa 1890.

3) Marichalar v Manrique. "Historia de la Legislación-Fuero de Navarra". Madrid 1868.

4) Mariano Sainz. "Apuntes tudelanos". Tomo 2.^o Tudela 1914.

5) Navarro Villoslada. "Doña Blanca de Navarra" Apostolado de la Prensa.

6) Antonio Ponz. Secretario de S. M. "Viaje fuera de España". Tomo 2.º, pág. 345. (2.ª edición) Madrid 1792.

7) Dionisio Ibarlucea "Atlas de la provincia de Navarra" Pamplona 1886.

8) Angel Morrás. "Memorias-Escenas de la vida tafallesa" Prólogo y notas de José M.^a Azcona. Tafalla 1932.

9) Arturo Campi3n. "Euskariana" 7.^a serie. Vol 4.⁰. "Gacetilla de la historia de Navarra-Bandolerismo y Criminalidad". Pamplona 1923.

10) Dr. Mariano Arigita. "Historia de la imágen y Santuario de San Miguel de Excelsis" Pamplona 1904.

(Sobre los robos que ha sufrido la imagen de San Miguel, vide Fray Tomás de Burgui "San Miguel de Excelsis, aparecido y adorado en el Reyno de Navarra. Pamplona 1774).

11) Pedro de Madrazo. "Navarra y Logroño". Tomo 1.º, pág. 271. Barcelona 1886.

12) Daniel de Foe "Aventuras de Robinson Crusoe" Capítulo XV.

13) Próspero Merimée "Carmen". Capítulo II.

14) Julio Nombela. "Cr3nica de la provincia de Navarra". Madrid 1868.

15) Jos3 M.^a Lacarra "Viejos recuerdos" Artícuulo publicado en "La Merindad Estellesa". Octubre 1926.

16) Francis Michel "Le Romancero du Pays Basque" (Romance de Benita Zubiri). Parí 1859.

17) Arturo Campi3n. "Euskariana". 5.^a serie. "Algo de Historia" (La criminalidad navarra desde 1265 al 1332) Pamplona 1915.